

ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Noviembre de 1887

Año II

N.º 23

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

La razón ha de ceder hoy el puesto al sentimiento. No podemos hoy razonar con nuestros amigos lectores; hemos de expresar la indignación que nos causa ver á nuestros hermanos pendientes de la horca ó condenados á cadena perpetua ó temporal. Hemos de exhalar nuestra protesta contra el crimen perpetrado por la República. Hemos de consignar el hecho de que esa institución hipócrita que, manchada con sangre de liberales y envilecida con la riqueza de la explotación y la usura, sumerge en espantosa miseria á los productores y lleva al patíbulo á los apóstoles de la libertad. Una vez más el capitalismo dominante ha puesto de manifiesto que en la lucha por la justicia, los

SPIES

obra
-de-
tira-
nía. Auto-
ridad y obe-
diencia son

PARSONS

FISCHER

términos incompatibles con la dignidad humana, sea

ENGEL

cualquiera el régimen político y la diferente manera en que se halle establecido

LINGG

cómo unos hombres deben mandar y cómo otros deben obedecer. La horca de Chicago es nuestro irrefutable argumento. Accionistas de grandes compañías cuyas acciones se cotizan con grandes beneficios y trabajadores reducidos á la más esquilma reducción

SCHWAB

FIELDEN

de la mano de obra ó al paro forzoso, todos viven bajo el falso nivel de una constitución democrática, y el resultado, ya lo veis, es un atropello sin precedente, porque no tiene la excusa de la barbarie del absolutismo, no se justifica por la pasión del fanatismo de secta, no puede dispensarse por la excitación revolucionaria; es un atropello cometido á sangre fría en nombre de la ley, en nombre de la libertad, en nombre de la República. Con este motivo ACRACIA dedica esta página como un cariñoso recuerdo á los mártires de Chicago, como una protesta contra la República-verdugo y como una lección á los trabajadores.

NEEBE

BASES CIENTÍFICAS DE LA ANARQUÍA

La anarquía, como sistema socialista sin gobierno, tiene un doble origen: es el resultado de los dos grandes movimientos del pensamiento en los campos económico y político que caracterizan nuestro siglo, y especialmente de la segunda mitad del mismo. De acuerdo con todos los socialistas, los anarquistas opinan que la propiedad individual de la tierra, del capital y de los instrumentos de trabajo ha pasado ya de moda, que está condenada á desaparecer, y que todos esos elementos de producción deben ser y serán propiedad común de la sociedad, debiendo ser administrados en común por los productores de la riqueza, y de acuerdo en esto con los representantes más adelantados del radicalismo político, sostienen que el ideal de organización política de la sociedad es un estado de cosas en que las funciones de gobierno quedan reducidas á un mínimo, recuperando el individuo su plena libertad de acción para satisfacer, por medio de grupos libres y federaciones libremente constituidas, las varias necesidades del sér humano. En cuanto al socialismo, muchos de los anarquistas van hasta su última consecuencia, que consiste en la negación completa del salariado, y al comunismo; con respecto á la organización política, desarrollando más la expresada parte del programa radical, llegan á la conclusión de que el último fin de la sociedad es la anulación de la autoridad y la constitución de una sociedad sin gobierno, esto es, la anarquía. Los anarquistas sostienen además que, siendo este el ideal de la organización social y política, no deben aplazarlo para los siglos futuros, y que sólo aquellos cambios de nuestra organización social que estén en concordancia con aquel doble ideal y se acerquen al mismo pueden ofrecer probabilidades de vida, por cuanto son beneficiosos para la comunidad.

El método que sigue el pensador anarquista difiere mucho del de los utopistas. El anarquista no recurre á conceptos metafísicos,—como los derechos naturales, los derechos del Estado, etc.,—para decir cuales son en su opinión las mejores condiciones para realizar la mayor felicidad del género humano, sino que, al contrario, sigue el curso trazado por la filosofía moderna de la evolución, sin entrar en el camino resbaladizo de las simples analogías, á que con tanta frecuencia recurre Heriberto Spencer. El anarquista estudia la sociedad humana tal como es hoy y tal como fué en el pasado, y sin dotar á la humanidad en conjunto ni á sus individuos en particular de cualidades superiores que no poseen ni éstos ni aquéllos, sólo considera á la sociedad como un agregado de organismos que tratan de encontrar el mejor modo de combinar las necesidades del individuo con las de la colectividad para el bienestar de la especie. El anarquista estudia la sociedad para descubrir sus tendencias pasadas y presentes, sus nacientes necesidades intelectuales y económicas, y en su ideal sólo indica los puntos hacia donde se encamina la evolución. Distingue entre las necesidades y aspiraciones reales de los grupos humanos y los incidentes,—tales como falta de conocimiento, emigraciones, guerras y conquistas,—que impidieron el que se cumplieran esas aspira-

ciones ó las paralizaron temporalmente. Deduce de esto que las dos tendencias más marcadas, si bien muchas veces de una manera inconsciente, en toda nuestra historia, han sido: la de integrar nuestro trabajo para la producción de todas las riquezas en común hasta el punto de resultar imposible distinguir la parte de vida correspondiente á cada individuo; y la tendencia á la más completa libertad individual para alcanzar todos los fines beneficiosos para él en particular y para la sociedad en general. El ideal del anarquista es, por consiguiente, un simple resumen de lo que él considera como próxima fase de la evolución. Ya no es cuestión de fe sino de discusión científica.

Uno de los rasgos principales de nuestro siglo es el incremento del socialismo y la rápida propagación de las ideas socialistas entre las clases trabajadoras, y no podía ser de otro modo. En los últimos setenta años se ha efectuado un aumento extraordinario de nuestras fuerzas productoras, lo cual ha dado por resultado una acumulación de riqueza muy superior á las esperanzas más optimistas; pero, debido á nuestro sistema de salarios, este aumento de riqueza, obtenido por los esfuerzos combinados de los hombres de ciencia, empresarios y obreros, ha dado como único resultado una acumulación inaudita de riqueza en manos de los poseedores de capital, mientras á los obreros les ha cabido sólo en suerte un aumento de miseria y una constante inseguridad de ganarse la vida. Los jornaleros, que continuamente se han de buscar el trabajo, están sumidos en una indigencia espantosa, y hasta los mejores artesanos y los obreros más hábiles, que sin duda viven ahora más cómodamente que antes, están continuamente amenazados de quedar en la misma condición que los jornaleros á consecuencia de las continuas é inevitables fluctuaciones de la industria y de los caprichos del capital. El abismo que media entre el moderno millonario que despilfarra el producto del trabajo humano en un lujo vano y fastuoso y el pobre que se ve reducido á una existencia mísera é insegura, va ahondándose cada vez más hasta romper por completo la unión de la sociedad, la armonía de su vida, poniendo en peligro su futuro progreso.

Al propio tiempo las clases trabajadoras están menos dispuestas á soportar con paciencia esta división de la sociedad en dos clases á medida que van teniendo conciencia de la fuerza productora de riquezas de la industria moderna, de la parte que al trabajo corresponde en esta propia capacidad de organizarse; á medida que todas las clases de la comunidad toman más vivo interés en los asuntos públicos y que los conocimientos penetran en las masas, su aspiración á la igualdad es cada vez más fuerte y no hay nadie que pueda ignorar que es cada día mayor la urgencia con que los obreros reclaman una completa reorganización social. El trabajador exige la parte que le corresponde en las riquezas que produce, quiere tener participación en el arreglo de la producción, y reclama, no sólo un poco más de bienestar, sino su completo y cabal derecho á los más elevados goces de la ciencia y del arte. Estas reclamaciones, proferidas antes sólo por los reformistas, empiezan á oírse ya de parte de

un número cada día mayor de los que trabajan en la fábrica ó labran la tierra; y están tan conformes con nuestros sentimientos de justicia, que encuentran apoyo en una parte cada día mayor de las mismas clases privilegiadas. El socialismo se convierte así en la idea del siglo XIX, y ni la coacción ni las falsas reformas, pueden paralizar su ulterior incremento. Fundábanse grandes esperanzas en que la extensión de los derechos políticos á las clases trabajadoras mejoraría este estado de cosas, pero como estas concesiones no iban apoyadas en la correspondiente mejora de su situación económica, resultaron ilusorias desde el momento en que no mejoraron materialmente las condiciones de la masa obrera. Por esto el santo y seña del socialismo es que la libertad económica constituye la única base segura de la libertad política, y á esto se atenderán los trabajadores mientras continúe dando sus malos frutos el actual sistema de salarios, y el socialismo seguirá creciendo hasta que haya realizado su programa.

Paralelamente á este gran movimiento de ideas en asuntos económicos, establecióse otro con respecto á los derechos políticos, á la organización del Estado y á las funciones del gobierno, sometiendo á éste á las mismas críticas que el capital. Mientras los más de los radicales veían en el sufragio universal y en las instituciones republicanas la última palabra de la sabiduría política, unos pocos daban un paso adelante, examinando más detenida y profundamente las funciones mismas del gobierno y del Estado y sus relaciones con el individuo. Como se había hecho el experimento del gobierno representativo en mayor escala que antes, se fueron conociendo cada vez más sus defectos y se llegó á comprender que éstos no eran accidentales sino inherentes al sistema mismo. Se vió claramente que el Parlamento y su poder ejecutivo eran incapaces de atender á todos los innumerables asuntos de la comunidad, así como conciliar los distintos y con frecuencia opuestos intereses de las entidades separadas que constituyen el Estado. Resultó que el sufragio es incapaz de escoger los hombres que pueden representar y administrar una nación y tratar de las cosas sobre que están llamados á legislar más que bajo el punto de vista de un partido. Estos defectos se pusieron tan de manifiesto que provocaron la crítica de los principios mismos del sistema representativo, inspirando dudas acerca de su legitimidad. Por otra parte, los peligros de un gobierno centralizado se presentaron aún más en relieve cuando los socialistas se adelantaron á pedir que se aumentaran los poderes gubernativos para confiar al Estado el cuidado del inmenso campo de las relaciones económicas entre los individuos.

Surgió la duda de si un gobierno encargado de la dirección de la industria y del comercio no llegaría á ser un peligro permanente para la libertad y la paz, y hasta se dudó que fuera posible que administrase bien.

Los socialistas de la primera mitad de este siglo no se hacían bien cargo de las inmensas dificultades del problema. Los más de ellos, convencidos de la necesidad de reformas económicas, no tenían en cuenta la necesidad de libertad para el individuo, y así hemos tenido reformadores sociales dis-

puestos á someter la sociedad á cualquier clase de teocracia, dictadura ó cesarismo, con tal de obtener reformas en el sentido socialista. Así vimos en Inglaterra y en el continente que hombres de ideas avanzadas se dividían en radicales, políticos y socialistas, mirando aquéllos con desconfianza á éstos, en los cuales veían un peligro para las libertades políticas que las naciones civilizadas habían conquistado tras larga serie de luchas. Y aun ahora, cuando los socialistas de toda Europa se convierten en partidos políticos profesando la fe democrática, queda aún entre los hombres más imparciales un temor bien fundado hacia el llamado Estado popular, que sería para la libertad un peligro tan grande como cualquier forma de autocracia, si su gobierno quedara encargado de la dirección de todo el organismo social, inclusive la producción y distribución de la riqueza.

La evolución de las ideas en estos últimos cuarenta años ha preparado el camino para que se comprenda la necesidad y posibilidad de una forma más elevada de organización social, que garantice la libertad económica sin reducir al individuo al papel de esclavo del Estado. Estudiáronse los orígenes del gobierno, y, eliminando todos los conceptos metafísicos de su procedencia divina ó de un contrato social, se vió que entre nosotros es de origen relativamente moderno, creciendo sus poderes precisamente á medida que en el curso de las edades aumentaba la división de la sociedad en clases privilegiadas y desheredadas. El gobierno representativo quedó también reducido á su verdadero valor, esto es, al de un instrumento que ha prestado sus servicios en la lucha contra la autocracia, pero que no es un ideal de organización política libre. El sistema filosófico que veía en el Estado un elemento de progreso, se hizo más y más insostenible en vista de que el progreso era tanto más positivo cuanto menos se ingería en él el Estado. Resultó claramente demostrado que un nuevo adelanto en la vida social no puede coincidir con una nueva concentración de poderes y funciones reguladoras en manos de un cuerpo gobernante, sino que, por el contrario, ha de tender á la descentralización territorial y funcional, á una subdivisión de las funciones públicas con respecto á su carácter y su esfera de acción, dejando á la iniciativa de agrupaciones libremente constituídas todas aquellas funciones que ahora se consideran como atribución del Estado.

Esta corriente de ideas encontró su expresión, no sólo en la literatura, sino también hasta cierto punto en la vida práctica. El levantamiento de la *Commune* de París, seguido por el del cantón de Cartagena, movimiento cuyo alcance histórico, según parece, no se ha comprendido en Inglaterra, abrió una nueva página en la historia. Si analizamos este movimiento en sí mismo y la impresión que dejó en los ánimos y las tendencias que se manifestaron durante la revolución comunal, hemos de reconocer en él un indicio de que en el porvenir las aglomeraciones humanas que estén más adelantadas en su desarrollo social tratarán de vivir independientemente, procurando convertir las partes más atrasadas de la nación por medio del ejemplo, en vez de imponer sus opiniones por la

ley y la fuerza ó someterse al dominio de la mayoría, que siempre es el dominio de la medianía. Al mismo tiempo el fiasco del gobierno representativo en el seno de la *Commune* misma demostró que el gobierno y la administración por los mismos gobernados y administrados debe llevarse aún más allá que en el sentido puramente territorial; para ser eficaz debe afectar también las varias funciones vitales dentro de la comunidad libre; una limitación meramente territorial de la esfera de acción gubernativa no bastaría porque el gobierno representativo es tan defectuoso en una ciudad como en una nación. Así es que la práctica ha venido á dar un nuevo apoyo á la teoría de la abolición del gobierno y un nuevo impulso al pensamiento anárquico.

Los anarquistas reconocen la justicia de las dos citadas tendencias hacia la libertad política y económica, viendo en ellas dos diferentes manifestaciones de la misma necesidad de igualdad que constituyen la esencia de todas las luchas de que nos habla la historia. Por esto el anarquista, de acuerdo con todos los socialistas, dice al reformista político que no puede hacerse ninguna reforma sustancial en el sentido de la igualdad política ni ponerse ninguna limitación á los poderes gubernativos mientras la sociedad esté dividida en dos campos hostiles, quedando el obrero económicamente sometido al que le da trabajo; y por otro lado decimos al socialista político que no puede modificar las condiciones existentes de la propiedad sin modificar al mismo tiempo profundamente la organización política; que debe limitar los poderes gubernativos y renunciar al sistema parlamentario. A cada nueva faz de la vida corresponde una nueva faz política. La monarquía absoluta, es decir, el gobierno de la corte, correspondía al sistema de la servidumbre; el gobierno representativo corresponde al dominio del capital, y los dos son gobiernos de clase.

Mas en una sociedad en que ha desaparecido la distinción entre capitalista y obrero, no hay necesidad de semejante gobierno, que sería un anacronismo y un estorbo. Los trabajadores libres necesitan una organización libre, y ésta no puede tener otra base que el libre consentimiento y la libre cooperación, sin sacrificar la autonomía del individuo á la intervención omnímoda del Estado; el sistema no capitalista implica el sistema de no gobierno.

Significando la emancipación del hombre del poder opresor del capitalista y del gobierno, el sistema anárquico viene á ser una síntesis de las dos poderosas corrientes del pensamiento que caracterizan nuestro siglo. Resulta, pues, que la anarquía, llegando á estas conclusiones, está en concordancia con la filosofía de la evolución que, descubriendo la plasticidad de la organización, ha demostrado la admirable adaptación de los organismos á sus condiciones de existencia y al subsiguiente desarrollo de facultades que hacen más completa la adaptación de los agregados á su ambiente y la de cada una de las partes constituyentes desagregadas á las necesidades de la cooperación libre. La filosofía de la evolución nos ha familiarizado con el hecho de que en toda la naturaleza

orgánica las capacidades para la vida en común van creciendo á medida que la integración de los organismos en agregados compuestos se va haciendo más completa, confirmando así la opinión expresada ya por los moralistas con respecto á la perfectibilidad de la naturaleza humana. Nos ha enseñado que, en la lucha por la existencia, á la larga los más hábiles serán aquellos que combinen el conocimiento intelectual con el conocimiento necesario para la producción de la riqueza y no los que actualmente son los más ricos, porque éstos ó sus antepasados han sido los más fuertes por un momento. Demostrando que la lucha por la existencia no debe entenderse sólo en el sentido estricto de una lucha entre los individuos por los medios de subsistencia, sino en su sentido más lato de adaptación de todos los individuos de la especie á las mejores condiciones para la continuación de ésta, así como para la mayor suma de vitalidad y felicidad para cada uno y para todos, nos ha facilitado el poder deducir las leyes de la ciencia moral de las necesidades y costumbres sociales de la humanidad. Nos ha hecho ver también que la ley positiva desempeña un papel infinitesimal en la evolución moral, en comparación con el papel inmenso del desarrollo natural de los sentimientos altruistas que se desenvuelven tan pronto como las condiciones de la vida favorecen su desarrollo. De este modo queda confirmada la opinión de los reformistas sociales con respecto á la necesidad de modificar las condiciones de la vida para mejorar al hombre, en vez de intentar mejorar la naturaleza humana con sermones morales mientras la vida trabaja en un sentido opuesto. Finalmente el transformismo, estudiando la sociedad humana desde el punto de vista biológico, ha llegado á las mismas conclusiones á que llegaron los anarquistas por el estudio de la historia y de las tendencias actuales, á saber: que el progreso futuro está en el camino de la socialización de la riqueza y del trabajo integrado, combinada con la más completa libertad individual.

No es una simple coincidencia la que ha hecho que Heriberto Spencer, á quien podemos considerar como fiel representante de la filosofía de la evolución, se haya visto obligado á concluir que, con respecto á la organización política, la forma de sociedad hacia la cual nos encaminamos es tal que el gobierno quedará reducido á la menor cantidad imaginable, aumentando en cambio la libertad hasta la mayor cantidad posible. Cuando en estas palabras opone las conclusiones de su filosofía sintética á las de Augusto Comte, se identifican casi completamente con Proudhon y Bakunine; siendo además los métodos de argumentación y los ejemplos que emplea Spencer los mismos que encontramos en los escritos de los anarquistas; las vías seguidas por el pensamiento de aquél y el de éstos fueron las mismas, por más que ninguno de ellos conociera los trabajos del otro.

Además, cuando Spencer augura con energía y hasta con cierta pasión que las sociedades humanas marchan hacia un estado en que se hará una identificación mayor que la del altruismo con el egoismo, en el sentido de que la gratificación personal derivará de la gratificación de otros;

cuando dice que se nos demuestra irrefutablemente que es muy posible que los organismos se ajusten á las necesidades de su vida, de tal manera que la energía empleada para el bienestar general sea, no sólo suficiente para contener la energía empleada para el bienestar individual, sino también para subordinarla hasta el punto que para el bienestar individual no quede mayor parte que la necesaria para mantener la vida individual, con tal que se mantengan las condiciones de tales relaciones entre el individuo y la comunidad, no hace más que deducir del estudio de la naturaleza las mismísimas conclusiones que los precursores del anarquismo, Fourier y Roberto Owen, dedujeron del estudio del carácter humano.

Cuando vemos luego á M. Bain exponer tan claramente la teoría de los hábitos morales y al filósofo francés M. Guyau publicar su notable obra sobre la *moralidad sin obligación ó sanción*; cuando Stuart-Mill critica tan fuertemente al gobierno representativo y discute el problema de la libertad sin llegar á establecer sus condiciones necesarias; cuando Lubbock prosigue sus admirables estudios sobre las sociedades animales y Morgan aplica los métodos científicos de investigación á la filosofía de la historia; en fin, cuando cada año, aportando nuevos argumentos á la filosofía de la evolución, trae al mismo tiempo nuevos argumentos á favor de la teoría del anarquismo, hemos de reconocer que éste, aunque distinto en cuanto á los puntos de partida, sigue los mismos sólidos métodos de la investigación científica, aumentando con esto nuestra confianza en la exactitud de sus conclusiones.

La diferencia entre los anarquistas y aquellos filósofos puede ser inmensa con respecto á la velocidad de la evolución y á la conducta que debe seguirse tan luego como se tenga una idea clara de los fines hacia los cuales marcha la sociedad. Sin embargo, ninguna tentativa se ha hecho aún para determinar científicamente la curva de la evolución, ni se han tenido en cuenta por los filósofos evolucionistas los principales factores del problema, el estado de ánimo de las masas. Con respecto á eso de poner sus actos en concordancia con sus opiniones filosóficas, sabemos que desgraciadamente la inteligencia y la voluntad se hallan sobradas veces separadas por un abismo que no se ciega con meras especulaciones filosóficas, por profundas y acabadas que sean.

Con todo, hay entre los mencionados filósofos y los anarquistas una diferencia grande sobre un punto de importancia capital, y esta diferencia es tanto más extraña cuanto que estriba en un punto que podría discutirse con cifras y que constituye la base de todas las deducciones ulteriores, puesto que pertenece á lo que la sociología biológica llamaría la *fisiología de la nutrición*. En efecto, hay un error, sostenido por Spencer y muchos otros, con respecto á las causas de la miseria que vemos á nuestro derredor. Se ha afirmado hace ya cuarenta años y se vuelve á afirmar ahora por Spencer y sus secuaces, que la miseria que reina en la sociedad civilizada es debida á la insuficiencia de la producción, ó más bien á cierta especie de presión que la población ejerce sobre los medios

de subsistencia. Sería inútil tratar de averiguar el origen de este falso modo de presentar los hechos, que es fácil de rectificar. Puede tener su origen en conceptos erróneos heredados que no tienen nada que ver con la filosofía de la revolución; pero para que sean sustituidos y defendidos por filósofos, debe de haber en concepto de éstos alguna confusión en cuanto á los diferentes aspectos de la lucha por la existencia. No se da bastante importancia á la diferencia que hay entre la lucha que tiene lugar entre los organismos que no cooperan á la provisión de los medios de subsistencia y la de los que cooperan á ella. En este último caso debe haber también alguna confusión con respecto á los agregados cuyos miembros hallan sus medios de subsistencia en los productos maduros de los reinos vegetal y animal, y aquellos cuyos miembros producen artificialmente sus medios de subsistencia y son capaces de aumentar hasta un grado no conocido todavía la fertilidad de cualquier punto de la superficie del globo. Los cazadores que cazan cada uno por su propia cuenta y los que se juntan en sociedades para cazar ocupan una posición muy diferente con respecto á los medios de subsistencia, mas esta diferencia es todavía mayor entre los cazadores que toman esos medios tal como los encuentran en la naturaleza y la gente civilizada que obtiene sus alimentos por medio del cultivo y producen todos los requisitos necesarios para las comodidades de la vida por medio de máquinas. En este último caso, como la cantidad de energía potencial en la naturaleza es casi infinita en comparación con la población actual del globo, los medios de aprovechar esta provisión aumentan y se perfeccionan precisamente en proporción á la densidad de la población y el acopio previamente acumulado de conocimientos técnicos; de modo que para los seres humanos que se hallan en posesión de conocimientos científicos y cooperan para la producción artificial de los medios de subsistencia y comodidad, la ley es todo lo contrario de lo que dice Malthus, aumentando los medios de subsistencia y comodidad mucho más rápidamente que la población. La única conclusión que podemos deducir de las leyes de la evolución y multiplicación de los efectos, es que la cantidad aprovechable de los medios de subsistencia crece en una proporción que á su vez aumenta á medida que la población se hace más densa, á no ser que se paralice artificial y temporalmente el movimiento por algún defecto de la organización social. En cuanto á nuestro poder productivo, aumenta con mayor celeridad á medida que aumentan los conocimientos científicos, se hacen más fáciles los medios de difundirlos y el genio inventivo se estimula por los inventos anteriores.

Si el error acerca de la presión de la población sobre los medios de subsistencia podía sostenerse cien años atrás, ya no es posible hacerlo hoy que conocemos los efectos de la ciencia en la industria y el enorme incremento de nuestro poder productivo durante los últimos cien años. En efecto, sabemos que mientras el aumento de la población de Inglaterra ha sido de 16 1/2 millones en 1884, de 26 3/4 millones en 1883, ó sea un aumento de 62 por 100, la riqueza nacional ha aumentado dos veces

más, creciendo de 221 á 507'50 millones, esto es, un 130 por 100. Sabido es que igual aumento de riqueza se ha verificado en Francia, donde la población es casi estacionaria, y que ha aumentado aún con mayor rapidez en los Estados-Unidos, donde la población se acrecienta cada día más, gracias á los inmigrantes.

Pero estas cifras, si bien indican un aumento real de la producción, dan una idea insuficiente de lo que ésta podría ser bajo una organización económica más razonable. Sabemos bien que mientras los poseedores del capital procuran producir más mercancías con menos brazos, tratan también de limitar la producción para poder vender sus productos á más elevado precio. Cuando los beneficios de una industria disminuyen, el poseedor del capital limita la producción ó la suspende por completo, y prefiere invertir su capital en empréstitos extranjeros ó en acciones de las minas auríferas de Patagonia. En este mismo momento hay en Inglaterra un gran número de mineros que piden que se les permita extraer carbón y proveer de combustible barato á las casas en que los niños están tiritando de frío delante de chimeneas sin lumbre. Hay miles de tejedores que sólo piden poder tejer para reemplazar con tela los bastos tejidos de Witechapl, y lo mismo sucede en todos los ramos de la industria. ¿Cómo podemos hablar de falta de medios de subsistencia cuando sólo en la Gran Bretaña están parados 246 altos hornos y miles de fábricas y cuando hay en Londres miles y miles de individuos sin trabajo que se considerarían muy felices si se les permitiera transformar el pesado barro de Middlesax en una tierra fértil y cubrir de ricos sembrados y verdes huertas hectáreas de prados que hoy no producen más que heno por valor de pocas libras esterlinas? Pero se lo impiden los poseedores de la tierra, de las fábricas de tejidos y de las minas de carbón, porque el capital encuentra más ventajas en proveer de serrallos al kedive y de ferrocarriles estratégicos y cañones Krupp al gobierno ruso. Por supuesto, el sostenimiento de serrallos paga bien dando de 10 á 15 p. 100, mientras que la extracción de carbón paga mal, esto es, no da más que de 3 á 5 por 100, y esto es una razón suficiente para limitar la producción y hacer que los pretendidos economistas se desahoguen recriminando á la clase trabajadora porque se multiplica con demasiada rapidez.

Aquí tenemos ejemplos de una limitación directa y consciente de la producción, debida á la circunstancia de pertenecer los medios de la misma á unos pocos y tener de éstos el derecho de disponer de aquellos medios de producción á su antojo, sin preocuparse de los intereses de la comunidad. Pero también hay una limitación indirecta é inconsciente que resulta del despilfarro del producto del trabajo humano en el lujo, en lugar de emplearlo en el desarrollo de la producción.

Esta limitación no puede expresarse en cifras, pero puede dar una idea aproximada del alcance de esta limitación indirecta un simple paseo por las ricas tiendas de cualquier ciudad y una rápida mirada sobre la manera con que se despilfarra hoy día el dinero. Cuando un ricacho gasta

5,000 duros en el sostenimiento de sus caballerizas, despilfarra cinco ó seis mil días de trabajo humano, que podrían emplearse, en una organización social mejor, en proveer de cómodas viviendas á los que ahora están obligados á habitar en cuevas. Y cuando una señora gasta 500 duros para satisfacer un capricho hemos de decir que despilfarra al menos dos años de trabajo humano, que en una sociedad mejor organizada podrían haber dotado de trajes decentes á un centenar de mujeres y mucho más si se hubiese invertido en perfeccionar los instrumentos de trabajo. Los predicadores truenan contra el lujo, porque es vergonzoso ver que se despilfarra el dinero en dar comida y habitación á perros y caballos cuando miles de individuos viven con 60 céntimos diarios y otros miles de ellos ni aún estos 60 céntimos tienen. Pero el economista ve otra cosa en el moderno lujo: cuando se gastan anualmente millones de jornales en satisfacer una vanidad estúpida, dice que se han distraído otros tantos millones de trabajadores de la fabricación de instrumentos útiles que permitirían decuplicar y centuplicar nuestra producción actual de medios de subsistencia y de comodidad.

En fin, si tenemos en cuenta el aumento real y potencial de nuestra riqueza y consideramos la limitación directa é indirecta de la producción, inevitable bajo nuestro sistema económico actual, hemos de reconocer que la supuesta presión de la población sobre los medios de subsistencia es un error repetido como tantos otros errores, sin tomarse la molestia de examinarlo ni un momento. Las causas del malestar social del presente deben buscarse en otra parte.

Tomemos un país civilizado cualquiera: sus bosques han sido cortados y sus pantanos desecados; miles de carreteras y ferrocarriles lo cruzan en todas sus direcciones; los ríos se han hecho navegables y los puertos de mar son de fácil acceso; los diferentes mares que lo bañan se han puesto en comunicación por medio de canales; pozos profundos horadan las rocas y miles de fábricas cubren la tierra; la ciencia ha enseñado al hombre á emplear la fuerza de la naturaleza en la satisfacción de sus necesidades; ciudades enteras se han ido levantando en el curso de las generaciones y los tesoros de la ciencia y del arte se han acumulado en estos centros de civilización. Pero ¿quién ha hecho todas estas maravillas?

Los esfuerzos combinados de muchas generaciones han contribuído á producir estos resultados; los bosques han sido desmontados siglos há; millones de hombres han invertido años de trabajo en desaguar los pantanos, en trazar las carreteras y en construir los ferrocarriles; millones de otros han edificado las ciudades y creado la civilización de que nos jactamos; miles de inventores, los más de ellos desconocidos por haber muerto pobres y despreciados, han fabricado la maquinaria en que el hombre admira su propio ingenio; miles de escritores, filósofos y naturalistas, ayudados por muchos miles de cajistas impresores y otra innumerable cantidad de obreros, han contribuído á elaborar y propagar los conocimientos, á disipar los errores, á crear la atmósfera del pensa-

miento científico, sin la cual nunca habrían podido realizarse las maravillas de nuestro siglo.

El genio de un Mayer y de un Grobe y el trabajo paciente de un Joule, han hecho de seguro mucho más para dar un nuevo impulso á la industria moderna que todos los capitalistas del mundo; pero estos mismos hombres de genio son á su vez hijos de la industria; miles de máquinas habían de transformar el calor en fuerza mecánica y la fuerza mecánica en sonido, luz y electricidad y hubieron de hacerlo durante largos años día por día á la vista de la humanidad, antes que algunos de nuestros contemporáneos proclamaran el origen mecánico del calor y la correlación de las fuerzas físicas y antes de que nosotros mismos estuviéramos preparados para oírles y comprender sus enseñanzas. ¿Quién sabe cuánto tiempo habríamos continuado ignorando la teoría que actualmente produce una revolución en la industria, á no ser por la fuerza inventiva y la habilidad de aquellos trabajadores desconocidos, que perfeccionaron la máquina de vapor hasta al punto de hacer que este agente natural fuese más gobernable que un caballo, universalizando así el uso de aquella máquina? Lo mismo puede decirse con respecto á cualquiera otra parte de nuestra maquinaria. En la máquina más sencilla podemos leer una historia entera, una larga historia de noches de insomnio, de engaños y de alegrías, de invenciones parciales y de perfeccionamientos sucesivos que la han llevado á su estado actual. Hasta puede decirse que casi cada nueva máquina es una síntesis, un resultado de miles de invenciones parciales hechas, no sólo en un ramo especial de la maquinaria, sino en todos los ramos del vasto campo de la mecánica.

Nuestras ciudades, unidas por carreteras y puestas en fácil comunicación con todas las partes pobladas del globo, son el producto de siglos, y cada casa de estas ciudades, cada fábrica, cada taller, deriva su valor, su razón de ser, del hecho de hallarse situada en el punto del globo en que se han juntado miles ó millones de hombres. Cada partícula del inmenso conjunto que llamamos la riqueza de las naciones civilizadas, deriva su valor precisamente de la circunstancia de formar parte de este conjunto. ¿Cuál sería el valor de una de las inmensas tiendas ó almacenes de Londres si no estuviera situada precisamente en esta capital, que ahora es el punto de reunión de cinco millones de seres humanos? ¿Qué valor tendrían nuestras minas de carbón, nuestras fábricas, nuestros astilleros, si no fuera por el inmenso tráfico que se hace á través de los mares, y en los ferrocarriles que transportan montañas de mercancías y por las ciudades que cuentan sus habitantes por millones? ¿Qué individuo tiene, pues, el derecho de adelantarse para decir, poniendo su mano sobre la más mínima parte de este inmenso conjunto:—Yo he producido esto, y por lo tanto me pertenece? ¿Cómo es posible distinguir en este inmenso conjunto la parte que un individuo aislado pudiera apropiarse con algún asomo de justicia? Las casas y las calles, los canales y los ferrocarriles, las máquinas y las obras de arte, todo ha sido creado por los esfuerzos combinados de las generaciones pasadas y

presentes, por individuos que viven en estas islas y por otros que viven á miles de leguas de distancia.

Pero en el largo curso de los siglos ha sucedido que todo lo que permite á los hombres aumentar su producción ó aunque sólo sea continuarla, ha sido acaparado por los menos. La tierra, que debe su valor precisamente á la circunstancia de ser necesaria para una población siempre creciente, pertenece á los menos, quienes pueden impedir á la comunidad que lo cultive. Las minas de carbón, que representan el trabajo de generaciones y que también deben su valor á las necesidades de las fábricas y ferrocarriles, á la inmensa industria ejercida por una población densa,—¿pues qué valor tienen los yacimientos de carbón en Trans-Baicalia?—pertenecen también á los menos, que tienen el derecho de suspender la extracción del carbón si les da la gana y emplear su capital en otra cosa. La máquina de tejer encajes, que en su estado actual de perfección representa la obra de tres generaciones de tejedores de Lancashire, pertenece á los menos, y si los nietos del mismo tejedor que inventó la primera de éstas máquinas reclamaran el derecho de poner en movimiento una de ellas, les dirían:—«Fuera de aquí; esta máquina no os pertenece.» Los ferrocarriles, los más de los cuales serían inútiles montones de hierro si la Gran Bretaña no fuese tan poblada y no tuviese la industria, el comercio y el tráfico que tiene, pertenecen también á los menos, á unos pocos accionistas, que tal vez ni siquiera saben dónde está el ferrocarril que anualmente les reporta una renta mayor que la de un rey de la Edad Media, y si los hijos de aquella gente que murieron á miles perforando los túneles se reunieran, formando hambrienta y harapososa turba, para ir á pedir pan ó trabajo á los accionistas, serían recibidos con las puntas de las bayonetas ó ahuyentados á balazos.

¿Quién es el sofista que se atreve á sostener que semejante organización es justa? Mas lo que es injusto no puede ser beneficioso para la humanidad y no lo es en virtud de esta organización monstruosa. El hijo de un obrero, si resulta capaz de trabajar, no encuentra tierra que labrar ni máquina que hacer mover si no consiente en vender su trabajo por menos de lo que vale.

Su padre y su abuelo han contribuído á desecar el campo ó á levantar la fábrica en la medida de sus facultades,—y nadie está obligado á más,—y sin embargo el hijo viene al mundo más pobre que un salvaje. Si se dedica á la agricultura, le permitirían cultivar un pedazo de tierra, pero á condición de entregar una cuarta parte de su cosecha al propietario. Si se dedica á la industria, le permitirán trabajar, pero á condición que de las treinta pesetas que produzca, diez ó más vayan á parar al bolsillo del poseedor de la máquina.

Clamamos contra el barón feudal que no permitía que nadie estableciese en sus tierras más que pagándole en cambio la cuarta parte de las cosechas, y, sin embargo, continuamos haciendo lo mismo en mayor escala. Han cambiado las formas, pero en el fondo sigue siendo el mismo, y el trabajador está obligado á aceptar las condiciones que llamamos

contrato libre, porque no encontrará mejores condiciones en ninguna parte; todo ha sido acaparado por alguien; á él no le queda otro recurso que aceptar el trato que le imponen ó morir de hambre.

En virtud de esta circunstancia nuestra producción sigue un rumbo equivocado. No tiene en cuenta las necesidades de la comunidad; su único objeto es aumentar los beneficios del capitalista. De ahí las continuas fluctuaciones de la industria, las crisis que se repiten periódicamente casi cada diez años, privando del trabajo á centenares de miles de hombres, reduciéndolos á la más completa miseria, y cuyos hijos llenan las calles, para ir á poblar después las cárceles y las casas de beneficencia.

Como los trabajadores no pueden comprar con sus salarios las riquezas que produce la industria, hay que buscar mercados en otra parte, entre las casas acomodadas de otras naciones; hay que buscar mercados al E. de Africa, en cualquier parte; tiene que aumentar por medio del comercio el número de sus siervos en Egipto, en la India, en el Congo; mas en todas partes encuentra competidores de otras naciones cuya industria se va desarrollando con la misma rapidez, y resultan guerras continuas que se hacen para adquirir la supremacía en el mercado del mundo, la posesión de Oriente, el predominio en los mares, y tener derecho á imponer pesadas tarifas sobre la mercancía extranjera. Nunca cesa en Europa el estruendo los cañones; generaciones enteras son llevadas al degolladero, y gastamos en armamentos la tercera parte de los ingresos de nuestros Estados, ingresos recogidos con las dificultades que conocen bien los pobres.

La educación es el privilegio de los menos, no porque sea imposible encontrar maestros, no porque los hijos del obrero sean menos aptos para recibir instrucción, sino porque uno no puede recibir una enseñanza racional si á la edad de 15 años ha de bajar á las minas ó ir vendiendo periódicos por las calles. La sociedad resulta dividida en dos campos hostiles y no hay libertad posible en tales condiciones. Mientras los radicales piden mayor extensión de la libertad, los conservadores contestan que un nuevo aumento de libertad produciría una sublevación del proletariado, y aquellas libertades políticas que tanto han costado conquistar, son reemplazadas por coacciones, por leyes excepcionales, por el gobierno del sable.

Y finalmente, la injusticia en el reparto de la riqueza produce un efecto deplorabilísimo en nuestra moral.

Nuestros principios de moral dicen *ama al prójimo como á ti mismo*; pero cuando un niño quiere seguir este principio y se quita una prenda de vestir para darla á un pobre que está tiritando de frío, su madre le dice que los principios morales no han de tomarse al pié de la letra, pues si quiere cumplirlos tendrá que ir descalzo sin aliviar la miseria que le rodea. La moral es buena de palabra, pero no de hecho. Nuestros predicadores dicen «quien trabaja reza,» y todo el mundo procura hacer trabajar á otros por él. Dicen «no mentirás,» y la política es una gran

mentira. Nos acostumbramos, nosotros y nuestros hijos, á vivir bajo esta moral de doble cara, que es una pura hipocresía, y tratamos de conciliarla por medio de sofismas. La hipocresía y la sofística han llegado á ser la base de nuestra vida; pero la sociedad no puede vivir con semejante moral, no puede continuar así; ha de cambiar, y cambiará.

Ya no se trata de una simple cuestión de pan, sino de una cuestión que interesa á todo el campo de la actividad humana, por más que haya en el fondo una cuestión de economía social. Por esto decimos que los medios de producción y satisfacción de todas las necesidades de la sociedad, habiendo sido creados por los esfuerzos comunes de todos, deben estar á la disposición de todos; la apropiación privada de los medios de producción no es justa ni conveniente; todo el mundo debe reunir las mismas condiciones de productor y consumidor de riqueza. Este sería el único camino por el cual la sociedad podría salir de las malas condiciones que tantos siglos de guerra y opresión le han creado; esta sería la única garantía de alcanzar nuevos progresos por la senda de la igualdad y de la libertad, progresos que han sido siempre el verdadero objeto de la Humanidad.—Pedro KROPOTKIN.

(De *The Nineteenth Century*.)

LA REACCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

III

ENTRAMOS de lleno en lo más complejo del problema que nos hemos propuesto resolver. La teoría, la sucesión correlativa de los principios esenciales, queda ya comprobada; la ciencia, perfectamente determinada. Dejádla en el aislamiento y no dará otro resultado que el consiguiente á toda idea abstracta que no se traduce en hechos ni tiene aplicaciones inmediatas. Toda ciencia responde á un fin, á un objeto dado, y así la ciencia de la Revolución ha de responder á un propósito, á una idea, á un orden de cosas; traducirse en hechos, aplicarse, en fin, á algo. De esta aplicación y de este *algo* se trata precisamente en el momento. Lo contrario sería caer en el feo vicio de los malos aprendices de matemáticas que las adquieren de memoria, como una relación de ciego, y son después impotentes para resolver el problema más elemental ó para hacer la más ligera aplicación de las teorías que pretenden conocer.

Entremos, pues, en materia.

Al terminar nuestro artículo segundo, preguntábamos si la nueva idea revolucionaria podría caer como las ya caducas en plena reacción, é indicábamos ligeramente la necesidad de demostrar que la Revolución puede y debe estar contenida en la moderna teoría social, la anarquía, no sólo en principio, sino también en la práctica.

«La Revolución,—decíamos,—comprende dos términos indispensables: el mundo de las ideas y el de los hechos. La exclusión de cualquiera de ellos determinará siempre una reacción más ó menos poderosa, pero inevitable.»

Y vamos ahora á demostrar la verdad de tal afirmación, y poner de manifiesto cómo en virtud de tal exclusivismo podemos volver á la reacción.

Es un hecho común á todas las sectas, escuelas, banderías y partidos que por razones de temperamento ó de sistema especulativo se dividen siempre en dos bandos diametralmente opuestos: el de los que aman platónicamente, por así decirlo, la idea que profesan y el de aquellos que la quieren á toda costa, por los medios más violentos y decisivos. Este fenómeno, que así puede llamarse, se produce más generalmente en las agrupaciones radicales y revolucionarias y puede asegurarse también que este mismo fenómeno es la causa principal de la disolución de tales agrupaciones y de la pérdida de las mejoras causas. ¿Cómo negarlo? La historia lo pone continuamente de manifiesto; en nuestros días es el pan cotidiano que nos alimenta. ¿Quién podrá ponerlo en duda?

Pues bien; tal espectáculo se produce solamente en virtud de una deficiencia primordial en la investigación del *por qué* de las cosas.

Toda relación humana, todo orden de cosas, todo sér organizado, toda idea formada ó concebida, las cosas que nos rodean, el universo mismo con su grandiosa y complicada mecánica, subsisten y se desarrollan por el dualismo de su propia naturaleza, por la contradicción de sus elementos componentes, por dos fuerzas de polos opuestos, por dos términos que tienden á destruirse, por la antinomia, en fin, que los informa. Si cualquiera de esos términos, de esas fuerzas, de esos elementos, adquiere superioridad sobre su contrario, entonces la destrucción es inmediata, porque el equilibrio, esa razón que todo lo afirma y mantiene, falta instantáneamente, y la relación, orden, sér, idea, cosa ó el universo mismo dejan de existir por ineludible consecuencia del quebrantamiento de las leyes que les rigen y gobiernan.

Este dualismo de todo lo que *es*, que se conoce en filosofía con el nombre de antinomia, determina en nuestra razón un fenómeno totalmente idéntico, y cuando esta no sabe ó no puede dominar con su poder la contradicción y resolverla, se presenta entonces esa serie interminable de principios opuestos que son el objeto de todos nuestros debates y contiendas. Cuando esto ocurre, la inteligencia, ansiosa de ideales, se aferra á uno cualquiera de los términos que constituyen el objeto observado y rechaza y niega á su contrario sin comprender que sin la coexistencia de ambos el objeto queda destruído y negado.

De tal naturaleza, y tal es la magnitud de este fenómeno, que vicia por completo el total de las manifestaciones humanas: ciencias, artes, industrias, política, filosofía, literatura, economía.

Aquí una agrupación os dice: «El hombre no es una fiera, un bruto; no lucha como éstos, no debe obrar como ellos, cuando menos; es racional, y el pensamiento, que es superior á toda arma de combate, debe bastarle; la violencia es ley entre los animales, la persuasión entre los hombres; la palabra, hablada ó escrita, la idea manifestada, propagada, difundida, tal debe ser la revolución: obra de paz y de nobleza.»

Allá otra agrupación exclama: «Luchar es vivir. Fuera de la lucha no hay más que la muerte. La existencia de cuanto nos rodea se funda en la guerra, y si ésta cesa se acaba también aquélla. La fuerza es en último término la que todo lo divide: luchas de la inteligencia, luchas del sentimiento, luchas de la materia, la fuerza las preside y la fuerza las termina: es ley universal que venza siempre el más fuerte. La paz es la guerra; la guerra es la paz. ¿Queréis la Revolución? Pues agitada, no ceséis de conspirar y la fuerza os dará el triunfo. Sed fuertes y venceréis.»

¿Quién posee la verdad?

Esos dos grupos luchan constantemente porque prevalezcan sus respectivas ideas: luchan los amigos de la paz, dando con ello la razón á los amigos de la guerra; pelean los amigos de la guerra por medio del periódico, del libro, de la palabra, pasándose así al campo de sus adversarios los amantes del ramo de oliva. Y es que unos y otros olvidan la realidad y son simples extraviados de la razón que viven en el error.

Sí; la lucha es la existencia ¿y que? La lucha es la existencia y la guerra es la vida, porque en la naturaleza alienta eternamente el principio de contradicción; y porque existe en formas tan varias y múltiples como múltiples y varias son las formas de la naturaleza misma; sois unos insensatos al pretender dar moldes á esa lucha, á esa guerra, á ese combate que todo lo llena, ya sean las regiones de la materia, ya las del espíritu, ya las del sentimiento ó las de la inteligencia, las de las arterias y la sangre ó las de los ideales y los sueños. Vence siempre el más fuerte, sí, pero el concepto de la fuerza no es el que pudiera dársele materialmente, es la fuerza intelectual, es la fuerza artística, la fuerza moral, la fuerza política, dialéctica, filosófica, la fuerza de la materia también, la fuerza, en fin, en su más lata expresión.

¿Queréis una revolución por la palabra y la imprenta? Pues no os basta: habréis hecho conciencias, pero no soldados que pelean y triunfan ó perecen. Los intereses creados os presentarán la batalla si no la presentáis vosotros.

¿Queréis una revolución por la violencia? Pues haced antes partidarios, conciencias que estén dispuestas al combate por la idea, corazones que latán al unísono por un mismo deseo, por una misma aspiración. ¿Qué haréis sin prosélitos, sin adeptos? Quien no quiere ni conoce una idea no puede defenderla. Hacedle propaganda, ganadlo para vuestros ideales y después podréis hacerle pelear.

Estaréis los unos propagando eternamente y eternamente esperaréis el Mesías de vuestra fe; conspiraréis los otros constantemente y vuestras conspiraciones caerán en campo árido condenándoos á ser siempre víctimas de vuestra impotencia, porque esa fuerza que tanto enaltecéis os faltará en toda ocasión y tiempo y lugar.

La fuerza, en nuestros tiempos, es cosa harto compleja: inteligencia, sentimiento, amor, ambición, trabajo, todo eso es fuerza manifestada á través de la materia en formas infinitas.

No surgen los actos de fuerza, mal llamados revoluciones, por obra

milagrosa de potencia ignorada; no se preparan tampoco á capricho y se hacen desarrollar por meras combinaciones de habilidad. Hacen falta determinadas circunstancias, atmósfera especial, y luego espíritus fuertes que apliquen la mecha á la gran masa dispuesta al incendio. Si aquellas circunstancias y aquella atmósfera faltan, la mecha se consumirá inútilmente; si ésta es la que falta, aquellas circunstancias pasarán y la atmósfera se disipará sin consecuencias por ausencia de una insignificante chispa que todo lo incendie.

Nuestra historia contemporánea lo comprueba. Habéis visto sediciones poderosas que abortaron por la indiferencia del pueblo, y momentos de verdadera efervescencia que se han perdido por falta de un temperamento vigoroso para arrastrar al pueblo á mayores atrevimientos.

Pues bien; suponed por un momento divididos á los elementos revolucionarios en tan sencilla cuestión, ¿qué sucederá?

Si triunfan los partidarios de la propaganda á secas, del amor platónico por la Revolución, las masas se adormecerán, se enervarán las fuerzas revolucionarias, se corromperán los más viriles corazones y las más poderosas inteligencias y el tiempo irá transcurriendo mansamente sin que el más leve soplo de revuelta venga á cambiar el orden de cosas establecido.

Si triunfan los sectarios de la violencia, los que todo lo fían á la fuerza, la idea no saldrá de unos cuantos pensadores, los pueblos permanecerán en la ignorancia y las fuerzas de unos y otros se irán agotando poco á poco hasta crear el vacío en derredor de la Revolución.

Suponed más. Suponed á esas dos tendencias equilibradas en pujanza y poderío, y entonces veréis como la Revolución queda instantáneamente aniquilada por unos y otros, destruidos ambos elementos y perdida por mucho tiempo la idea de la Justicia.

Y hé ahí como, la anarquía, nueva potencia de la Revolución llega á convertirse como la república y el socialismo cesarista en elemento de reacción.

¿Pero es que la anarquía puede ni debe soportar aquel dualismo? ¿Somos nosotros los que por la antinomia de la libertad y la autoridad afirmamos la anarquía, quienes hemos de perecer á manos de otra antinomia no menos soluble que ésta?

En manera alguna. Si los resabios de la política, si nuestras viciadas costumbres públicas, si nuestras propias preocupaciones y fanatismos mantienen aún entre las fuerzas revolucionarias ese dualismo injustificado; la lógica inflexible de nuestros principios hará que la Revolución entre en el período de su mayor edad, barriendo, por decirlo así, resabios, costumbres, preocupaciones y fanatismos que la reacción nos lega para tormento constante de la Libertad y el Derecho de los pueblos.

Realizar la armonía de esos dos extremos, afirmar el verdadero criterio revolucionario, en el cual tanto vale la propaganda como la acción y la acción como la propaganda, porque sin estos dos modos de la actividad no hay revolución posible, hé ahí la obra actual de las clases jornaleras y la misión de todos los que amamos la nueva idea.

No os espante el espectáculo de las discordias que trabajan á los elementos revolucionarios; no os acobarden sus rencores momentáneos: afirmad la idea, propagad el verdadero concepto revolucionario y cuando éste vaya ganando las inteligencias y las voluntades, veréis desaparecer discordias y divisiones y rencores que sólo la pasión alienta y el amor propio herido sostiene.

Propagar y luchar en toda forma, ocasión y lugar es ya verificar movimiento, progreso, *hacer* revolución. Propagad, pues, luchad sin descanso y la virtud misma de nuestros principios triunfará de la rutina en que vivimos.

Si abandonáis la lucha y la propaganda ó una de ellas solamente, la Revolución corre el riesgo de perecer á manos de las pasiones y caer en esta nueva etapa, como cayeron otras revoluciones en los impuros brazos de la Reacción.

No creemos necesario ganar una mayoría poderosa para que la Revolución triunfe; sabemos que las minorías son las que determinan siempre los movimientos de avance y tenemos fe en el porvenir. Pero por esto mismo repetimos que ni somos meros idólatras de la fuerza material ni amantes platónicos de la Revolución: propaguen unos, luchen otros, concurren todas las actividades en su modo peculiar de producirse á la obra común, y la Revolución surgirá potente por todas partes, venciendo al fin á la Reacción en una sola batalla ó en varias, mediante combates y escaramuzas sangrientas ó relativamente pacíficas ¿quién es capaz de determinarlos?

La Anarquía es la Revolución aún: ¿podrá, á pesar de lo dicho, dejar de serlo?

Muchos son nuestros resabios políticos, grandes nuestras confusiones, graves, tal vez, nuestros errores, y es necesario hacer la crítica severa de cuanto nos rodea y la acusación descarnada de nuestras mismas faltas.

Trabajo de examen el presente, no trata de conminar á nadie ni se propone fomentar antagonismos, pero no es bastante lo dicho y hemos de proseguir tenaces en nuestro empeño.

Luchar por una idea que vive en el cerebro del que lucha, es el más elemental de los deberes de todo el que alimenta un ideal. ¡Luchemos pues!—R. M.

LA CRISIS POLÍTICA EN FRANCIA

FRANCIA tiene el privilegio de fijar la atención especial de Europa; sus vicisitudes interesan á todas las naciones del continente porque con ella tienen todas relaciones de intereses ó de ideas, y naturalmente, como éstos pueden afectarse en bien ó en mal según el curso de los acontecimientos, todos esperan su solución como el que teme un peligro ó espera un suceso próspero.

Graves inmoralidades cometidas á la sombra de poderosas influencias

oficiales han levantado un grito de indignación y han promovido una crisis política, cuyo resultado inmediato será la dimisión del presidente de la república, y sus consecuencias para lo porvenir, indudablemente graves, no pueden preverse.

Todos los partidos se agitan, todos cabildan, casi puede decirse conspiran, y dícese á última hora que el poder alemán ha lanzado una especie de amenaza para el caso en que por la dimisión de Grevy salga Francia de la calma del oportunismo para entrar en el terreno de las aventuras radicales.

El elemento trabajador, avivado por las continuas luchas económicas que viene sosteniendo contra el capitalismo, vivamente afectado por la tragedia de Chicago y separado en su gran mayoría de los partidos burgueses, se prepara á obrar como clase distinta y opuesta á la burguesía, tomando al efecto enérgicas y oportunas resoluciones.

Nunca como en la situación presente ha podido decirse que nos hallamos en una época de transición.

Vívese en una organización formada con restos del pasado; habiendo arrojado como lastre inútil todas las ideas y todas las creencias que dieron vida á esa misma organización, y no alcanzando aún las ideas modernas consistencia suficiente para arrollar los viejos intereses y fundar nuevas instituciones, todo son contradicciones, anomalías, luchas y apasionamientos.

No hay colectividad política que pueda ofrecer garantías de paz y seguridad; todas se hallan igualmente desacreditadas, constituyendo este hecho el golpe decisivo que arroja á los profundos abismos de la indiferencia y del escepticismo á infinito número de personas pertenecientes á todas las categorías sociales que aun hoy dividen las naciones.

Sólo en los trabajadores se halla hoy la firmeza de los principios, la fe en aspiraciones regeneradoras, la abnegación del sacrificio. Y esto porque, inteligencias no viciadas en el sofisma, desengañados de las seductoras utopías con que la burguesía les atrajo á su partido y purificados por el sufrimiento, son hoy los depositarios de la idea de progreso, abandonada por la satisfecha burguesía, y ellos han de constituir el potente núcleo de donde han de irradiarse esos trabajos de reorganización social, absolutamente necesarios para que la Edad Moderna pueda considerarse como definitivamente constituída en frente de la caduca Edad Media.

Así juzgamos la actual crisis política de Francia, y sean cualesquiera los sucesos que sobrevengan, ora suba á la presidencia un burgués de los varios que se anuncian como candidatos, ora se entregue á una dictadura militar, ora por una intriga parlamentaria se entronice como representante de la legitimidad el descendiente de Felipe Igualdad, ora estalle el rencor de las dos naciones separadas por el Rhin, siempre consideraremos esos varios sucesos como episodios de la gran obra de transformación social.—L.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

VII

EN el capítulo anterior hemos hecho observar que la justicia podía ser solamente establecida en la industria, dando á cada uno de los cinco elementos que concurren juntamente á la formación de la riqueza, una parte equitativa con arreglo á la proporción en que contribuyen á fomentar dicha riqueza. El capital, pues, percibiría una porción tan grande como fuera necesaria á su reposición, una vez consumido ó gastado, y á su conservación también, ó lo que es lo mismo, un equivalente á su uso y desgaste.

Como los economistas han confundido el capital con los capitalistas y afirmado que el capital debía tener su remuneración, lo cual no negamos, han proclamado al mismo tiempo que dicha remuneración no era suficiente tan sólo para reponer el capital, una vez gastado y destruído por el fuego ú otros accidentes, sino que debía extenderse también á la creación de un fondo que permitiera al capitalista aumentar su capital, arguyendo para esto que si no quedaba al capital más sobrante que para su reposición, es evidente que el capital nunca crecería; en otros términos, que en una industria establecida no se proveería, en el caso contrario, al aumento de los materiales primeros, maquinaria, etc., lo cual daría origen á un crecimiento constante de la población ó fuerza productora.

Al hacer uso de tal argumento prueban que no han analizado la industria, que no la han considerado dividida en sus primeros elementos y sus diversas funciones, como hacemos ahora nosotros, y por tanto, han reclamado una recompensa ó premio para el elemento *capital*, cuando real y lógicamente debieran reclamarlo para el elemento *seguridad*. Si es precisa una prueba ulterior de esta necesidad de análisis ú omisión en determinar los elementos que contribuyen á la formación de la riqueza, la hallaremos en otro ejemplo estrechamente unido al primero. Los capitalistas dicen que el capitalista debe ser recompensado por los cuidados y molestias que se toma al poner su capital al servicio de la producción; en otras palabras, por el talento que emplea en elegir entre una pérdida y una ganancia probable, á fin de evitar un empleo no productivo de su capital ó una pérdida total.

Ahora bien: el hecho de emplear el tiempo ó consagrar sus energías á la buena administración del capital, constituye trabajo, y por tanto, la recompensa á sus servicios personales debiera llamarse, lo que realmente es, una recompensa al trabajo realizado ó servicios prestados, y por consiguiente, de nuevo afirmamos que, en este caso como en el otro, tal recompensa no debe ser reconocida al capital, sino á otro elemento que es en esta cuestión el trabajo, y en el ejemplo anteriormente citado al elemento seguridad.

Destruyamos las enseñanzas de los economistas respecto este asunto é investiguémoslas sucintamente. No ha de perjudicarnos á nosotros conocerlas con precisión. Por el contrario, nos afirmará en nuestras propias opiniones.

El empleo del capital en el comercio y en la industria, afirman los economistas, da derecho á beneficios que se dividen en tres elementos ó partes distintas: 1.º la renta que percibe el propietario como remuneración por el uso de la tierra; 2.º los salarios que recibe el obrero como recompensa por el aumento

de trabajo prestado; 3.º el tanto por ciento que el capital cobra como repuesto para caso de paralización.

Aquí, pues, se ve que su principal argumento consiste en que el empleo del capital da derecho á beneficios y que el tanto por ciento es uno de los elementos de esos beneficios.

Ahora bien; los economistas nos presentan la cuestión siguiente : supongamos que un agricultor arrienda una porción de tierra y emplea en ella un capital dado y que al cabo de un año obtiene 5,000 pesetas de beneficio neto. Para conseguir esto, el arrendatario ha debido consumir tiempo y conocimientos, ha debido correr toda clase de riesgos, etc. Por tanto, estas 5,000 pesetas deben ser divididas en tres partes y distribuídas así:

- 1.º Un premio á la abstinencia, que es el interés sobre el capital;
- 2.º Una compensación por riesgo de pérdidas;
- 3.º Jornales por la administración del capital.

En cuanto á la primera cita, se ve que en los beneficios van incluídos los jornales del trabajo, mientras que en la segunda no se habla ni una palabra de ellos, sino simplemente de los jornales correspondientes á la administración. No es necesaria mayor evidencia para demostrar que los economistas no han llegado á comprender los elementos primeros de la industria. Por el contrario, se ve que están aún en camino de descubrirlos, y lo conseguirán tal vez con ayuda de los trabajadores, si su orgullo y la arrogancia intelectual que hizo famosa á toda la fraternidad del *profesorado* no se lo impide.

Es evidente que lo que ellos llaman renta y que va á parar á manos de los terratenientes, es el reconocimiento del hecho de que una porción del producto total creado por el trabajo debe, en justicia, pertenecer al elemento que hemos llamado *tierra*, que es realmente el primero de todos.

Es asimismo evidente que cuando reclaman una cierta parte de ese producto como compensación al riesgo de pérdidas, empiezan á vislumbrar vagamente nuestro quinto elemento, el seguro. Pero carecen en absoluto de algo que reemplace á este último como uno de los elementos constituyentes y propios á la creación de la riqueza.

Cuando, por otra parte, hablan del salario del obrero y del gasto de administración, prueban claramente que no aciertan á definir racionalmente y formular bien el concepto del trabajo en su triple aspecto moral, intelectual y físico, y que no lo consideran como uno de los factores integrales en la suma total de la humana actividad. Por tanto, reclaman para el capital una proporción que es desproporcionada (dispénsese este lapsus gramatical) á los servicios que presta, y esta y no otra ha sido la causa de privar á los elementos *trabajo* y *seguro*, más directamente, y de un modo indirecto á los demás, cuando no se han aliado al capital, de su justa proporción.

En vez de dividir el trabajo en útil é inútil y pretender la determinación de la línea que los separa como posible y terminante, lo cual sería un beneficio efectivo para el mundo y un servicio indudable prestado por la economía política, dividieron, ó mejor, confundieron el trabajo intelectual con el trabajo manual, el trabajo realizado por el hombre que posee dinero y el trabajo del que no tiene ninguno. Lo uno, según los economistas, constituye los jornales del trabajo y lo otro los gastos de administración y el premio á la abstinencia al mismo tiempo.

De igual modo con el capital: en lugar de analizar el curso de la formación de la riqueza y descubrir los elementos primeros que la componen, han recla-

mado para el capital un tanto por ciento que corresponde á la seguridad y otra que pertenece al trabajo, así como también otra más, que se debe al cambio. Así han permitido y alentado la injusticia sin cuidarse de asegurar una condición más harmónica á la sociedad, por la investigación de los fenómenos de la industria, investigación única capaz de hacernos poseedores de las leyes naturales que gobiernan la distribución de la riqueza.

Ya hemos dicho bastante para dar á entender lo que para nosotros significa la palabra capital, como idea general. En una investigación más completa, que en breve publicaré en forma de tratado, entraré en más detalles particulares.

DE LA REPÚBLICA SANGUINARIA

TENEMOS noticias de Nueva-York que alcanzan al 30 de Octubre, que creemos verán con gusto nuestros lectores.

Henry George se ha manifestado con repugnante franqueza. En el *Standard*, que se dice órgano de los intereses obreros, ha hecho la apología de los jueces de Chicago, aplaudiendo la ejecución de los siete mártires, y esto precisamente en el momento que todas las organizaciones obreras del país, sin distinción de escuela económica, convocaban multitud de meetings de protesta contra un veredicto asesino y vertían sus cajas en la suscripción para cubrir los gastos de apelación al tribunal supremo.

La opinión es contraria á la ejecución de los anarquistas de Chicago, llegando hasta el punto verdaderamente extraño de que el *Legal Adviser*, órgano oficial de la Asociación de abogados, ha protestado contra la sentencia, demostrando con el código en la mano que los jueces han faltado á sus más elementales deberes.

La «alta sociedad» era la única que insistía en la erección de las siete horcas, con el intento declarado de aterrorizar á los trabajadores por el ejemplo. La policía se multiplicaba para impedir las reuniones de protesta; en Chicago se prohibió terminantemente todo meeting convocado con ese objeto, y en Nueva-York y otras poblaciones han llegado los polizontes á disolver á tiros las reuniones. Con este motivo es grande la indignación, y un periódico anglo-americano, el *Labor Review*, dice á este propósito que «el 11 de Noviembre de 1887 será para el historiador del porvenir el día señalado como efeméride de la abolición de la esclavitud del salario.»

Cuanto más se acentúa el movimiento socialista más se manifiestan las tendencias reaccionarias de la burguesía. Actualmente pasean su presidente por la nación, recibéndole por todas partes con ruidosas ovaciones. En San-Luis se enseñaba, mediante el pago de la entrada, la habitación en que había dormido el matrimonio Cleveland; en Chicago fué recibido por tres compañías de milicia; y en Saint-Paul 149 «señoras» del comité de recepción se negaron á asistir al acto del recibimiento porque una de las nombradas, la mujer del ex-gobernador Davis, senador en la actualidad, fué costurera en su juventud.

La burguesía acapara todas las riquezas de la nación. La gran compañía del petróleo se ha apoderado de todos los manantiales de petróleo del país y puede de ese modo imponer el precio de venta y el jornal á sus obreros; la compañía de abastecimiento de carnes detenta materialmente todo el ganado del país destinado al matadero, y además de otras muchas del mismo género, se ha formado una nueva compañía de serradores y almacenistas de maderas, bajo el nombre de «Mississippi River-Loring» que ha acaparado 25,000 millas cuadradas de bosque.

La situación obrera es cada vez más insoportable: las huelgas se suceden sin interrupción, especialmente en los distritos hulleros, donde hace ya mucho tiempo que miles de obreros trabajan tres ó cuatro días á la semana por un jornal irrisorio. Hay actualmente dos grandes huelgas de mineros en el sud de la Indiana y en Pensilvania.

En las principales ciudades de la república aumenta el pauperismo de una manera alarmante. La Sociedad Filantrópica de Nueva-York, según la última lista publicada, llevaba sostenidas en este año 92,000 familias compuestas de 460,000 personas que viven de limosna: ¡una tercera parte de la población de Nueva-York! Sin contar las muchas familias á quienes repugna la limosna y ocultan su miseria.

Al lado de tanto hambriento hay riquezas fabulosas: en Nueva-York, Jay Gould posee una renta anual de 60.000,000 de francos. Astor es dueño del suelo de Nueva-York, la viuda Casino tiene 200 millones de dollars (1,000 millones de francos).

Completa el delicioso cuadro que ofrece la república modelo un rasgo de hipocresía oficial.

Todos los años el presidente de los Estados-Unidos dirige á sus conciudadanos en igual época que la actual, una excitación para que en determinado día se den públicamente gracias á Dios por los favores que ha dispensado al pueblo norte-americano. Ese día que allende el Atlántico se llama *Thanks giving day*, se observa como día festivo en todos los Estados de la Unión.

Hé aquí la excitación que Mr. Cleveland acaba de dirigir con este motivo á todos los gobernadores:

«La bondad y la misericordia de Dios, que no han cesado de cernerse este año sobre el pueblo norte-americano, tienen derecho á nuestro profundo agradecimiento y á nuestras humildes acciones de gracias. Con su omnipotente poder Dios ha preservado de toda calamidad nacional á esta gran nación: las cosechas han sido magníficas; se ha restablecido la unión entre hermanos en otro otro tiempo enemigos, y bajo su infalible dirección, hemos continuado marchando en el camino de la prosperidad.

»A fin, pues, de que podamos de común acuerdo atestiguar nuestra gratitud por tan señalados favores, yo, Grover Cleveland, presidente de los Estados-Unidos, señalo por las presentes el jueves 24 de Noviembre próximo, para que lo dediquen á acciones de gracias (*Thanks giving*) todos los habitantes del país.

»Suspéndanse ese día las ocupaciones habituales; reúnanse nuestro pueblo en los sitios en que se celebran las ceremonias del culto y demuestre con cantos y preces su gratitud al Padre celestial por todo cuanto ha hecho por nosotros, y al mismo tiempo imploramos su perdón por nuestras faltas y que continúe dispensándonos su misericordia.

»Reúnanse ese día en familia los parientes y los amigos y sus corazones llenos de afectuosos recuerdos vuélvanse con agradecimiento hacia la fuente de todos los gozes y el dispensador de toda clase de satisfacciones.

»Acordémonos también de los pobres y de los desheredados de la fortuna y con delicadas larguezas aumentemos el número de los corazones agradecidos.»

La organización de los trabajadores ha hecho importantes progresos, y si bien la Orden de los Caballeros del Trabajo se ha debilitado á consecuencia de su actitud respecto á la sentencia de los anarquistas, en cambio han aumentado notablemente todas las organizaciones anti-autoritarias, pudiendo asegu-

rarse que actualmente hay en los Estados Unidos más trabajadores organizados que en toda Europa, incluso los 600,000 asociados de las Trade's Unions de Inglaterra.

Hé aquí ahora en qué términos ha transmitido el telégrafo la fatal noticia: «Ling se ha suicidado en la prisión.

»A Fielden y Schwab se les ha conmutado la pena por la inmediata.

»Desde la prisión hasta el pié del cadalso, Fischer fué cantando en alta voz la *Marsellesa*. Al oír los golpes que el verdugo daba para armar el patíbulo, dijo Fischer que la muerte era el sueño de su juventud en Alemania.

»Al frente de los condenados iba el *schérif* de la ciudad. Detrás de éste, Spies, Fischer, Parsons y Engel. Los cuatro subieron resueltamente al patíbulo. Sin embargo, se advertía en ellos lúgubre palidez. Spies sudaba copiosamente. Parsons apretaba los dientes. Fischer parecía estar indiferente.

»Cuando le estaban apretando el nudo en la garganta, Engel gritó: «¡hurra por la anarquía!» Fischer dijo: «Este es el momento más feliz de mi vida.» Parsons iba á hablar, cuando el verdugo corrió el nudo, y los cuatro exhalaban el último suspiro.

»El cuello de Parsons quedó tronchado. Los otros tres murieron estrangulados.

»En las cercanías de la prisión se juntó gran multitud de gente; pero, gracias á la presencia de numerosos agentes de policía, el orden no fué turbado.

»Para protestar contra las ejecuciones referidas, ha habido una manifestación anarquista en Nueva-York.

»Unos dos mil anarquistas recorrieron las calles procesionalmente, con banderas rojas y negras.

»En Cincinnati hubo una demostración análoga, que fué disuelta por la policía.»

Como se ve, América ha llegado al último límite en que es posible la vida con el sistema capitalista burgués. La inmensa vitalidad de aquel pueblo se encuentra atascada en una especie de callejón sin salida donde la acumulación de fuerza y de pasión ha de producir resultados trascendentalísimos.

Esperemos los acontecimientos como corresponde á trabajadores previsores y prudentes.

Hecha la anterior recopilación, tomamos á última hora las siguientes interesantes noticias que nos proporciona la prensa:

La madre de Lingg dirigió á su hijo una carta pocos días antes de su muerte que contenía las siguientes palabras:

«Yo también, como sabes, he luchado duramente para tener pan para tí, para tu hermana y para mí misma, y,—tan cierto como que ahora existo,—después de tu muerte estaré tan orgullosa de tí como lo he estado durante tu vida. Declaro que si yo fuese hombre, hubiera hecho lo mismo que tú.»

Y una tía de Lingg que no tiene hijos y que le amaba entrañablemente escribía también:

«Querido Luis, suceda lo que quiera,—aunque sea lo más malo,—no te muestres débil ante esos miserables.»

Parsons ha empleado el tiempo en la cárcel, esperando la ejecución de su sentencia de muerte, en escribir un libro titulado *La Anarquía, su filosofía, sus bases científicas*.

El epígrafe del libro es el siguiente:

«Cuando un pueblo se calla ante la opresión, su indiferencia es el preámbulo de su muerte.»

Fischer dirigió á Most, fechada en 5 de Noviembre, la siguiente carta:

«Querido amigo Most: Ya que no me quedan más que seis días de vida, quiero despedirme de tí. Ya sabrás por los periódicos que cuatro de nosotros han rehusado la gracia, es decir, la conmutación de la sentencia, y piden la libertad ó la muerte. La libertad no nos será dada por los gobernantes, queda, pues, la muerte.

»Tú comprenderás, Juan, que el recuerdo de mi querida esposa y de mis tres hijitos me atormenta el corazón, pero...—¡lejos de mí, tentación! La Revolución social tiene necesidad de fuerzas para hacerla marchar; nuestra noble causa, la Anarquía, tiene necesidad de mártires. ¡Sea, pues! Me siento feliz por dar mi vida á nuestra noble causa.

»Cuando los pobres jóvenes aldeanos, respondiendo al llamamiento de reyes y emperadores se presentan voluntariamente á sacrificar su vida sobre el altar de la tiranía por la gracia de Dios,—¿no deben también los combatientes por la libertad verdadera, por la Anarquía, dar su vida por el triunfo de nuestros nobles y grandes principios?

»¿Debemos mostrarnos como indolentes que sólo profesan un principio en tanto que lo pueden hacer sin arrostrar la menor molestia? ¡Jamás! Debemos mostrar á nuestros adversarios que los anarquistas saben morir por sus principios, y yo, que he sido fiel á ellos, lo seré hasta la muerte. Te dirijo mi último saludo.

»Sé fiel á nuestra gran causa como lo has sido siempre, y lleva alta nuestra bandera, siempre adelante, cualesquiera que sean las tempestades que surjan y que dificulten la tarea.

»Deseo que vivas hasta los días del gran combate. ¡Yo también hubiera deseado caer en ese combate á la sombra de nuestra bandera roja! ¡No ha podido ser! ¡Estaba yo decidido á morir como simple soldado!

»¡Viva la Revolución Social!

»¡Viva la Anarquía!

»Te abraza fraternalmente tu compañero—ADOLFO FISCHER.

»P. S. Salud á los compañeros y amigos. Cuida de que mi familia no perezca en la miseria y de que mis hijos reciban educación.

Tu ADOLFO.»

Noticias posteriores anuncian la prisión de Most en Nueva-York, condenado previamente por la ley recién promulgada, á trabajos forzados.

En Chicago reina el estado de sitio; se suprimen los periódicos anarquistas; prohíben las reuniones populares; la policía, armada de fusiles, hállase situada en las esquinas de las calles; tal es la situación de la gran república modelo, que de hoy en adelante será conocida por los trabajadores con el nombre de la república sanguinaria.

LA PRENSA SOCIALISTA DE DINAMARCA

EL partido obrero danés se presenta á fines del año de 1887 con cinco periódicos democráticos socialistas, á saber: *Social-Demokraten* (Copenhague), *Demokraten* (Aarhus), *Reform* (Lolland-Falster), *Randers-Følgeblad* (Randers), *Nordjyllands Arbejderblad* (Aalborg).

Los dos primeros se han conquistado la necesaria autoridad en la lucha por el socialismo, pues tienen años y experiencia; los tres últimos van á probar sus fuerzas para acercarse poco á poco al sitio que corresponde á los órganos obreros socialistas.

Es indudable que la fuerza de un partido depende en no exiguo grado de la extensión de su prensa. La prensa es el agitador constante que ayuda á mantener vivo el calor y que hace posible conservar la impresión adquirida. La palabra viva, hablada, puede compararse con las avanzadas que tiran sobre el enemigo fuera de la línea; la palabra escrita es la artillería del ejército que desde una posición segura es más capaz de ayudar los movimientos tácticos de las masas en el avance.

Pero como un ejército depende en alto grado de que para sus diferentes partes haya dirección común, es indudablemente favorable que éstas en un momento dado tengan suficiente libertad de movimiento, porque así podrán cumplir mejor las intenciones de la dirección común. Lo mismo puede decirse de la democracia socialista. En la lucha que hacemos contra el capitalismo y sus tropas mercenarias, hasta ahora el órgano copenagués del partido ha debido representar también los intereses locales de las apartadas regiones del país. Pero después que las organizaciones trabajadoras han surgido en todo el rededor y se han hecho fuertes, han comprendido la utilidad de tener recursos que de una manera más cabal que la dirección central pudieran satisfacer las necesidades locales. Con el progreso del socialismo en las grandes ciudades de provincias se ha hecho sentir el deseo de tener periódicos locales.

Una golondrina no hace verano, y un solo periódico socialista, aunque tenga más circulación que ningún otro periódico político del país, no es suficiente para fomentar nuestras aspiraciones. Los nuevos periódicos, que representan la base común del programa socialista y el progreso de los intereses locales, deben recibirse, pues, con el saludo de bienvenida.

En cuanto á nuestros cuatro órganos de provincias, uno de ellos *El Demócrata*, redactado por E. Marott y Haralt Jensen, es ya viejo en la lucha. «Órgano principal del partido obrero democrático socialista de Jutlandia,» como el periódico puede llamarse ahora, ha trabajado durante cuatro años por los intereses económicos y políticos del trabajador jutlandés, haciendo en el curso de los años de una casta caótica de obreros un partido organizado y consciente de sus intereses de clase. Por esto *Demokraten* tiene mayor circulación en Aarhus que los periódicos liberales y conservadores, y la fuerza del movimiento se manifiesta mejor en las elecciones, en que los compañeros de partido jutlandeses forman la parte principal del cuerpo electoral que derrota al candidato conservador.

Demokraten hasta ahora se ha tenido que limitar esencialmente á levantar la bandera socialista en Jutlandia. Los compañeros de Randers, Aalborg, Horsens, Colding, Fredericia y otras ciudades, no han tenido otra guía local que la que uno ú otro periódico de oposición un tanto benévolo ha querido prestarles por las razones antes mencionadas, que hablan en favor de una prensa local se ha hecho el ensayo de poco tiempo á esta parte en la ciudad de Randers, que es la más cercana de Aarhus. Este ensayo se presenta bajo el nombre de *Randers-Volkeblad* (Diario popular de Randers), que tiene la redacción y el material de la imprenta en común con *Demokraten*, y como éste sale seis veces por semana, en el tamaño de seis columnas, al precio de 20 céntimos semanales. El diario es el órgano especial de las sociedades de oficios de Randers, que

hasta ahora en su propia ciudad han tenido que vivir de lo que pudiera llamarse las sobras del periódico liberal-moderado *Diario de Randers*. Como el diario popular tiene un agente especial en la ciudad, quien se ha mostrado también enérgico propagandista del socialismo, creemos que puede augurarse para el periódico hermano un buen porvenir.

El tercer órgano del partido jutlandés sale los domingos en Aalborg y lleva el nombre de *Periódico Obrero del Norte de Jutlandia*, publicado por una sociedad de trabajadores bajo la redacción del tipógrafo N. L. Christensen, presidente de la sección de la Unión Democrática Socialista, y tiene por objeto, como el título indica, juntar en un partido unido á los trabajadores del Norte de Jutlandia. Esto se logrará seguramente por completo. Las sociedades de oficios de la capital del norte de Jutlandia (Aalborg) han unido ya á muchos bajo sus banderas, aunque hasta ahora han tenido que contentarse con la propaganda oral, teniendo demasiado lejos, tanto á *El Demócrata* como á *El Demócrata Socialista*, para sacar verdadero provecho local de los mismos.

El nuevo periódico sale una vez por semana, en planas de cuatro columnas, al precio de 85 céntimos por trimestre. El primer número lleva por introducción un artículo de programa socialista. Los asuntos son escogidos en general, en atención al carácter socialista del movimiento obrero; pero ya en el primer número se manifiesta la importancia de las necesidades locales, dedicando el periódico un artículo simpático á la panadería de la sociedad de consumos de Aalborg.

El *Periódico Obrero del Norte de Jutlandia* podrá ser un digno compañero de combate al lado del *Demócrata* y del *Diario popular de Randers*, cuando los aalborgueses hayan comprendido bien la importancia del socialismo.

El quinto periódico democrático socialista que tenemos es *La Reforma*, órgano del partido obrero democrático socialista de Lolland-Falster, sale una vez por semana y cuesta una peseta trimestre. Está redactado por el maestro S. Th. Hansen, de Nakskov, y el comerciante Ch. R. Hansen, de Saksköbing, dos valientes y abnegados correligionarios. *La Reforma* lleva ya trece números publicados y parece que encuentra gran aceptación en las islas, lo que tal vez se explica en parte por la miserable condición en que los propietarios tienen á sus obreros y por la circunstancia de que la agrícola clase media abre los ojos cada vez más á las verdades del socialismo. La redacción de *La Reforma* anuncia ya que el tamaño de tres columnas será considerablemente aumentado muy pronto y sin aumento de precio. El periódico tiene agencias en Nakskov, Rødby, Mysted, Maribo, Saksköbing, Nyköbing y Stubbköbing, y la constitución de un número de sociedades rurales apoya naturalmente el progreso. Si hemos de dar un buen consejo sobre su camino, es el siguiente: «Vaya adelante audazmente y no oculte nunca por falsos miramientos lo que el socialismo quiere. Tengan presente las célebres palabras de Carlos Marx en el manifiesto comunista: « Los trabajadores no tienen que perder nada sino sus cadenas, pero tienen un mundo que ganar. » (*Social Demokraten*, 6 Octubre.)

MISCELÁNEA

Con motivo de la actual crisis política de Francia agítase la idea de suprimir la presidencia de la república.

Sobre este asunto Félix Pyat ha publicado un artículo en *Le Crit du Peuple*, cuyo principal argumento es el siguiente:

«La presidencia es lógica en América, donde la república se forma de diversos Estados, nuevos, diseminados, diferentes en sus leyes, en sus costumbres, en su fe, en

su lengua y hasta en su raza, y que querían tener un lazo común para vivir unidos

»En la Francia unificada, centralizada por ochos siglos de monarquía, no es necesaria la presidencia, antes es perjudicial. Lo que pudiera afirmar la república en el Nuevo Mundo, lo niega en el antiguo. No se dice Estados Unidos de Francia, se dice la Francia. Nacionalizada ya desde mucho tiempo, al reemplazar al rey por el pueblo, no podía permitir que el presidente fuese otro soberano. Tal fué la idea de la Convención al proclamar la república una é indivisible.»

Recomendamos el argumento á los federales españoles.

Por nuestra parte hemos de decir que la preocupación autoritaria de los jacobinos franceses es incorregible, y sus pujos antipresidenciales no merecen la pena de fijar la atención de los hombres serios. Si la unificación de un país se constituye por el hecho de que todos sus habitantes tengan unas mismas leyes, costumbres, religión é idioma y provengan de una misma raza, no hay nación alguna que se encuentre en este caso, y en este concepto, tanta razón hay para la presidencia en una nación como en otra.

Pero los radicales franceses, parodiando á Enrique IV, dicen: la república bien vale una concesión, y quieren atraerse trabajadores afectando antiautoritarismo y combaten la institución presidencial para que la autoridad quede en una asamblea, monstruo de 400 cabezas burguesas, cuya tiranía sería peor que la del rey absoluto; pero los trabajadores, lejos de dejarse deslumbrar por semejante táctica, afirman cada vez más los principios acráticos.

Por esto hemos afirmado repetidas veces que confiamos mucho en la inconsciente cooperación de nuestros adversarios.

En el último congreso celebrado por la Asociación francesa para el fomento de las ciencias se ha tratado extensamente del hipnotismo, cuestión transcendentalísima, ya que no sólo tiene aplicación á la medicina, sino que tiene aún mayor importancia desde el punto de vista de la sociología.

En dicho Congreso, el Dr. Bérillon, tratando de las aplicaciones de la sugestión á la pedagogía, manifestó haber obtenido grandes resultados en los niños, logrando curar una perversión grave del carácter en una niña de once años, una tendencia irresistible al robo y á la mentira en otra joven de diez y seis, y haciendo desarrollar la facultad de la atención y la aptitud del trabajo en varios otros niños. Los resultados obtenidos son duraderos; el niño se conforma con los buenos hábitos que se le hacen contraer, con igual facilidad que deja los malos. La sugestión hipnótica es, pues, útil, sobre todo cuanto se trata de curar hábitos viciosos, defectos del carácter graves, trastornos mentales é instintos perversos que podían algún día colocar al individuo en las condiciones sociales las más desfavorables.

El Dr. Bernheim citó algunos casos que ha tenido ocasión de observar, en apoyo de lo dicho por Bérillon, y entre otros el de un niño indisciplinado, colérico y perezoso, á quien en sólo tres sesiones cambió por completo. Bernheim afirma una vez más que la sugestión bien manejada no tiene inconvenientes. El sueño hipnótico no difiere en nada del sueño natural; iguales fenómenos, catalepsia, ilusiones, alucinaciones, pueden realizarse en uno y otro caso. La madre que mece en la cuna á su hijo, es, en realidad, la primera hipnotizadora.

La sugestión en el sueño provocado no difiere en nada de la sugestión en estado de vigilia; sólo es más eficaz porque en dicho estado las facultades de razonar están entorpecidas, y faltando la inspección del cerebro deja de existir el espíritu de contradicción; las ideas son aceptadas más fácilmente y se imponen. Si las amonestaciones que se hacen al niño en estado de vigilia no las obedece, hagánsele durante el sueño provocado y hasta en el natural. Muchas madres hablan á sus hijos dormidos; saben que el niño las comprende, y responde aunque nada recuerde al despertar. Escójase este momento psicológico, durante el cual el cerebro es casi sugestible, para deponer en él la sugestión moralizadora. No hay flúidos magnéticos, ni estado no natural. Es un estado psicológico particular que se produce espontáneamente ó de un modo artificial, y á favor de este estado pueden obtenerse curaciones físicas y morales.

Aunque en dicho Congreso ha habido quien ha protestado sobre las preocupaciones que suscita el hipnotismo al tratar de sus consecuencias sociales, no es menos cierto que los médicos en general vuelven sus ojos á los gobiernos pidiendo leyes, decretos y reglamentos para el uso de la hipnotización.

Triste espectáculo es en verdad ver á los científicos desconfiar de la ciencia, y creemos que pierden el tiempo como unos ignorantes los sabios que tal hacen, ya que tratan, según la expresión evangélica, de poner la luz debajo del celemin. No se evita el mal restringiendo el conocimiento y uso de una cosa, sino universalizán-

dolo, para que todo el mundo pueda estar precavido contra uno que quiera abusar.

Mucha luz es lo que conviene sobre esta conquista científica; despójesele de todo charlatanismo y de toda preocupación burguesa y entre pronto de lleno en el torrente de la vida social.

Las Conferencias de Estudios Sociales organizadas por la Federación Barcelonesa, de cuya institución dimos cuenta en nuestro último número en el artículo titulado «Ciencia Burguesa y Ciencia Obrera,» han discutido ya con notable lucimiento el primer tema «Análisis de nuestra organización.»

Predominando la tolerancia preconizada por la comisión organizadora, y acatado por todos los oradores el pensamiento de que cualesquiera que sean las ideas que se expongan ó las que surjan como resultado de la discusión todos deben cumplir los preceptos estatutarios hasta que se modifiquen por los procedimientos regulares, se han manifestado diferentes tendencias todas expuestas con lucidez y mesura.

Se ha defendido calurosamente por unos los actuales estatutos, juzgándolos perfectos y accesibles á cuantas reformas indiquen la experiencia y la práctica.

Otros han combatido el exclusivismo del artículo 2.º, según el cual sólo puede haber en la localidad una sola sección de oficio y una sola federación local, considerando este hecho como atentatorio á los principios acráticos é inconveniente en la práctica, por cuanto ese exclusivismo ha ocasionado escisiones lamentables y pérdidas de individuos útiles. También se ha puesto en tela de juicio la conveniencia de las comisiones Federal y Comarcales, abogando por su desaparición, á fin de activar las recíprocas relaciones de las federaciones locales.

Se ha combatido la organización por secciones de oficios, considerando que éstas no responden á nada práctico, defendiendo en su lugar la formación de agrupaciones de trabajadores sin distinción de oficios. Fúndanse los sostenedores de esta idea en que las secciones de oficio se crearon por la organización que la Internacional dió á la resistencia, considerándola como base de unión entre trabajadores que profesaban distintas creencias, á los que sólo podía retener unidos la aspiración de mejoras materiales inmediatas; por lo que, hoy que la mejora inmediata se tiene poco menos que como imposible, y es preciso fijarse en una aspiración completamente revolucionaria, ha perdido por completo la razón de ser la agrupación técnica para dar lugar á la agrupación libre de cuantos aspiren á la revolución social.

Con ligeras variantes estas han sido las ideas fundamentales expuestas en la discusión, que se ha considerado agotada después de cinco sesiones.

En la actualidad hállase en discusión el segundo tema «Análisis de la sociedad burguesa; antecedentes; situación actual; intervención del proletariado.»

Salmerón ha hablado recientemente en el Círculo de la Unión Mercantil, de Madrid.

Hase establecido una costumbre, y el caso actual no es una excepción, que cuando un personaje de la política (la política es la única que cría hoy personajes) sube á la tribuna de aquel círculo burgués les hable del gobierno barato.

Salmerón, pues, ha enseñado el gobierno barato, pero en algo se había de manifestar como hombre de talento: no ha nombrado el gobierno de su elección; lo ha presentado como un acertijo á sus ventrudos oyentes. Por respeto á las diferentes opiniones políticas del auditorio no ha querido nombrar la república, pero ha acumulado los datos para demostrar que la monarquía es cara.

Hé aquí algunos párrafos de su discurso:

«Organizado el Estado bajo el imperio de los principios de la autoridad, considerando que todo lo que al súbdito le toca es cosa como de gracia y merced, que así lo entendían no há muchos años todavía los que ocupaban el trono de España, y quién sabe si el llamado á sucederles lo podrá llegar á entender de la propia manera, es lo cierto que bajo ese sentido del principio de autoridad, casi todo el presupuesto va á los fines de esa organización del Estado, que consideraba siempre en perpetuo conflicto el poder con el país; y comenzando por esta representación simbólica de la autoridad, siquiera sea una representación que no llegue á tener conciencia de sí propia, como al presente en España acontece... (*Aplausos*) se lleva 9.800,000 pesetas; cifra que recomiendo á vuestra memoria para cuando luego llegue á indicar aquella que representa la primera, la más alta, la suprema de las necesidades de la vida moderna que viene á representar un tanto por ciento de unos nueve céntimos.

«Otro de los soportes de esa vieja manera de entender el fin del Estado, es aquel que secularmente en España,—y de donde todos nuestros males se originan,—se simbolizaba en la alianza del altar y el trono. Y paga España por ese elemento de fuerza

que constituye la milicia celestial (*Risas y aplausos*) paga España con 17 millones de habitantes, en cifras redondas, 42 y medio millones de pesetas al clero católico. Francia,—para no molestar vuestra atención y tomar pocos ejemplos con comparar nuestra vida en Europa,—con 38 millones de habitantes, y subvencionando cuatro cultos, y habiendo, por virtud de las últimas instituciones y por la especie de remuneración que por la absolución de sus pecados hubo de pagar el imperio al Pontificado, de aumentarse el tributo, paga 46 millones de pesetas.

«¿Qué paga nuestro Estado por Instrucción pública? Paga nuestro Estado por Instrucción pública,—importa fijar hasta el céntimo la cifra,—8.223,017 pesetas; es decir, o'go por 100 de nuestro presupuesto; es decir, millón y medio menos de lo que importa la lista civil; es decir, cinco veces menos de lo que cuesta el presupuesto del clero. ¿Y queremos con eso levantar el nivel de la cultura nacional? ¿Queremos formar con eso aquí ni sabios ni industriales? Es absolutamente imposible: monjes, sí, que todavía á la hora presente tan fácilmente se multiplican; pero lo que es las instituciones de la vida moderna, imposible.»

No se limitó el orador á estas indicaciones; para asegura el éxito empezó dirigiendo exagerados elogios á la burguesía, de los que hacemos gracia á nuestros lectores. Asunto es este que cuanto más se remueve huele peor.

El pauperismo ha alcanzado en Inglaterra unas proporciones inmensas.

En Londres se presenta verdaderamente amenazador, hasta el punto de que las gentes acomodadas y los privilegiados de la fortuna han sofocado todo sentimiento humanitario para manifestarse poseídos del mayor espanto.

Hay allí muchos miles de hombres, mujeres y niños casi desnudos y faltos de hogar, que viven en la plaza pública, y no tienen otro medio de subsistencia que disputar á los perros un mendrugo que rebuscan en los basureros.

Ha habido sangrientos colisiones, y la autoridad no sabe tomar otra precaución que aumentar el cuerpo de policía con 20,000 hombres.

Las famosas libertades inglesas están á punto de desaparecer como un medio de defensa contra los desastrosos efectos del capitalismo.

Consultado Mr. Gladstone sobre la conveniencia de celebrar un meeting en la plaza de Trafalgar, aconsejó que se celebrara en Hyde Park, enviando una delegación á la de Trafalgar con el fin de provocar la oposición de la policía para sostener luego ante los tribunales el derecho legal del pueblo á verificar meetings en la plaza pública.

Pero la prensa se va derecha al objeto, como lo prueban las siguientes palabras del *Standard*:

«La opinión vería con gusto una pequeña violación de la ley si con ella pudiera suprimirse ese mal.»

Bien entendido que el mal que quiere suprimirse no son las clases sociales que producen el pauperismo, sino los pobres, y la «pequeña violación de la ley» que se pide no es otra cosa que el exterminio de aquellos desgraciados que carecen de asiento en el banquete capitalista.

Semejante estado de cosas en una nación como Inglaterra, tan relacionada con otras muchas por sus grandes empresas comerciales, es el preludio de grandes transformaciones, en previsión de las cuales debe el proletariado fortalecer su organización y su ciencia.

Nuestro querido colega *El Productor* ha sido denunciado por el número en que daba la triste noticia de la ejecución de los anarquistas de Chicago.

Con esta son cuatro las denuncias con que le ha favorecido la burguesía dominante.

No siendo posible terminar dentro del corriente año los trabajos en curso de publicación, prometemos terminarlos todos en el número de Junio próximo, que acompañaremos de una elegante portada para su encuadernación.

De este modo se habrá reunido suficiente número de páginas para formar un regular volumen.

ADVERTENCIA ADMINISTRATIVA

Los suscritores morosos que durante el mes de Diciembre no se pongan al corriente de sus atrasos, no recibirán más números que el presente, toda vez que es soberanamente injusto que reciban el periódico, conforme solicitaron al suscribirse, negándose después al correspondiente pago, sin tener en cuenta los sacrificios y gastos que lleva consigo una publicación de esta especie.

LA SITUACIÓN DE ESPAÑA

Las siguientes noticias que tomamos de la prensa retratan con horrible verdad la situación de nuestro país, víctima del capitalismo:

—Los jornaleros de Campillos, que en su mayoría se hallan sin ocupación, salen á los campos y con lazos cazan pájaros para alimentarse y alimentar á sus familias. Algunas personas acomodadas reparten 15 céntimos diarios á cada jornalero.

—Días pasados tuvo lugar en Valladolid una manifestación pacífica. Más de doscientos hombres seguían á uno que llevaba un cartelón en que se leía esta inscripción: «Limosna para los trabajadores.» Recogieron muchos donativos en dinero y en especie.

—La emigración toma caracteres alarmantes. De los Monegros ha emigrado mucha gente; la Litera ha perdido gran número de habitantes, y de la misma Zaragoza se marchan individuos y familias.

—En Barcelona se han embarcado para América en los vapores últimamente salidos, 1,400 emigrantes.

—En Madrid, al solo anuncio de la apertura de trabajos para la construcción de la Gran Vía, se ha celebrado una manifestación obrera de gratitud al Ayuntamiento, en lo que no sabemos qué admirar más, si la miseria que se regocija ante la esperanza de alcanzar un mendrugo de pan, ó la indignidad con que ciertos hombres se prestan á servir de comparsa en una manifestación ridícula organizada para satisfacer la vanidad de un magnate ex-popular.

—Cerca de Granada ha sido hallado el cadáver de una mujer víctima del hambre.

—Continúa la emigración en la Rioja. Los días 1 y 3 del actual tomaron el tren de la estación de Logroño un buen número de emigrantes y en Haro salieron otros muchos. Las villas de Soto y Ezcaray son las que mayor contingente aportan.

—Según el *Boletín oficial de la provincia de Barcelona*, nada menos que 199 fincas se sacan á subasta en el término de Tarrasa por no haber podido pagar sus dueños la contribución.

La miseria cunde en toda aquella comarca de una manera aterradora.

—En Estibella, pueblo de la baronía de Sagunto, existe una fábrica de peines y batidores de asta, en que las mujeres ocupan un puesto de importancia relativa que consiste en abrir y limar púas unas, y en pulir ó dar lustre las otras. Pues bien, trabajando desde la seis de la mañana hasta las siete de la noche, con escaso tiempo para almorzar y comer, ganan un real, real y medio ó dos reales.

—Los trabajadores de las Tres Clases de Vapor, según declara su órgano *El Obrero*, faltos de todo recurso organizan el medio de implorar la caridad pública.

—Toda la costa de Levante, desde Tarragona hasta Almería está sufriendo una gran despoblación, á causa de la emigración constante á la Argelia, donde los pobres trabajadores españoles, huyendo del hambre, caen en una explotación desenfrenada acompañada de humillaciones y graves peligros.

—Todas las provincias centrales y las de la costa cantábrica se despueblan materialmente de trabajadores que emigran á las repúblicas de la América del Sur, que, poco dispuestas para recibir ese excedente de población obrera, dan un terrible desengaño á los pobres trabajadores que huyan de una patria ingrata. La miseria y la desesperación suelen encontrar allá aquellos á quienes una ilusión ó un resto de esperanza impulsó á atravesar el Océano.

*

Para contrarrestar tan deplorables efectos nuestros gobernantes han promovido una información agrícola cuyas sesiones, celebradas en medio de la mayor indiferencia, han puesto de manifiesto la incapacidad burguesa respecto de los asuntos económicos á la par que la poquísima atención que les prestan nuestros hombres de gobierno.

Por su parte los partidos políticos se agitan en la impotencia y el personalismo.

Por donde quiera que se tienda la vista se ve el mal social llegado á su último extremo, resultando evidente aquel lema del socialismo moderno, capaz por sí solo de precisar la conducta de cuantos amen la Justicia: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona